

**CUENTO N° 1**

**TITULO: SUEÑOS DE COBRE**

**SEUDÓNIMO: KOSKY**

**AUTOR: RAMIRO CASTILLO PRADO**

## SUEÑOS DE COBRE

*Ancud, Gobernación Marítima, 30 de junio de 1853.*

*“Parte oficial*

*Al Señor Comandante Jeneral de Marina:*

*Pongo en conocimiento de U.S. que el día 17 del actual se me presentó don Lambert John Lynn capitán de la barca británica Mary Imrie of Liverpool, que se ha ido a pique en la latitud de 45° Sur, aguas próximas al Puerto de Chonchi, y distante dos leguas de la isla más inmediata. Este buque salió del Puerto de Huasco cargado de cobre, el día 6 del mes próximo pasado, y se dirigía al Puerto de Swansea en Inglaterra, pero lo alcanzó un temporal y notando el capitán que hacía tanta agua, trató de ganar la tierra más cerca, y ni aún esto, le fue posible conseguir hasta la madrugada del día 23 en que se sumerjió, con sus 61 lingotes.”*

Coge la radito a pilas y hace lo de siempre: comienza a cambiar lentamente la sintonía, rogando que no se le vaya la onda o se le metan las radios norteñas argentinas, o que el chicharreo le aportille su programa favorito. “Nacionalización del cobre”... este tema tiene a todos contentos —piensa—. La pieza está llena de recortes, pegados con engrudo en las paredes, que lee en cada dirección, de espaldas, de lado, le protegen del frío, le aíslan del calor, le hermosean su pobreza. Postrado en cama por mucho tiempo, se ha hecho fuerte en la difícil

tarea de meditar y pensar, pese a su corta edad. Imagina las explosiones, no entiende como es una mina a rajo abierto. ¿Por qué las monedas deben tener un mínimo de 70% de cobre?, se pregunta. Debe ser muy importante el cobre, concluye; claro, de ahí eso de “andar sin ni cobre” o “sueldo de Chile”, enfatiza, acostumbrado a hablar solo.

Desde su ventana, como cada domingo, al son de corridos mejicanos, veía esa tarde a los mineros jugar rayuela con sendos tejos de fierro, disputando el metro cuadrado de pilsener, y a sus hermanos —ahora sí un par de metros más allá—, en afán imitativo, en cancha paralela, jugar al tejo con plateadas monedas de un peso. Evoca, sin quererlo, las tardes felices de las pichangas bajo los nogales con la pelota de trapo, o cuando sus correrías infantiles los llevaban a los potreros —para ellos sin dueño—, donde se divertían jugando a los pistoleros en la alfalfa infinita, y al río, donde competían quien hacía más patitos. Un par de piqueros coronaban su algarabía de reyes del mundo. Se tendían en el pasto cara al cielo y veían pasar las bandadas de tordos y loicas. Olían la menta taponando con ella sus narices. Al sol dentro, boca abajo, a ras de tierra, miraban los débiles rayos convertir la hierba en bosque, en el cual una menuda y errática chinita era la reina. De súbito volvía a tomar conciencia de su invalidez y su mundo quedaba restringido al cuarto. En la semipenumbra imaginaba asteroides y planetas, en el ingrávido polvo flotando al trasluz.

Observa que, apartado del grupo de rayueleros, su padre conversa discretamente con un pirquinero acerca de un nuevo yacimiento al cual lo invita, más bien incita, ir a ver, demarcar y notariar.

— Con toda segurera, sacaríamos como un pailover al mes.

— ¡A mi cargo esñó!, si es mucho metal.

Siguiendo el consejo de su madre —“ilústrese hijo”—, consultaba de tanto en tanto el ajado diccionario. Ahí descubrió el real significado de la palabra cobre. Pero aquí no dice que, además, quita el dolor, cuestionó. En verdad alivio harto del moretón cuando me pongo las monedas, musitó.

Fue una tarde de invierno, después de una leve lluvia matinal, cuando sacó una moneda y trazó en la tierra húmeda una línea recta de medio metro exacto y en sus extremos dos paréntesis opuestos, como una pareja enojada dándose la espalda. Contó quince pasos, contuvo la respiración, entrecerrando los ojos apuntó y disparó dos veces concentrado en cada tiro y, certero como nunca, los impactos dieron justo en el blanco, medio a medio....¡doble quemada! Su júbilo fue interrumpido abruptamente por miles de parpadeantes luces y luego el largo manto de la quietud, inconciencia, carreras alocadas, lamentos, reproches, ¡cabro de m... como se le ocurre atravesarse!, mineros expresando su malhumor con frases y gestos propios de una casta especial que respeta los imprevistos y por eso mismo no gusta de las improvisaciones; una madre llorosa, una partida de rayuela suspendida y, desde entonces, postrado.

— Hijo, apague la vela y duérmase, buenas noches.

A su mujer le gustaba leerle el horóscopo: Tauro, decía con voz ceremoniosa. Curiosamente nunca leía en voz alta el de ella, Géminis. Lo acostumbró a “mirar” cada noche el noticiero. “*Un futuro auspicioso tendrán las inversiones durante el próximo quinquenio, las que mantendrán a Chile como el principal productor de cobre en el mundo...*” Gordo, presta atención, le impele. Ella toda oídos, él más bien atento a la hermosa locutora. “... *en el 2001 se produjeron unos 4.3 millones de toneladas de cobre*”... ¡a mi cargo esñó, es mucho metal! —exclamó—, sorprendido porque esa frase la escuchó alguna vez de su viejo, ese viejo que no conoció la televisión, sí la dureza del pique y de la mina, el combo y la cuña; aquél de la mansedumbre del que ha experimentado a diario el peligro y lo ha superado.

Una noche, el teléfono interrumpió su calmado sueño de pareja.

— *Jefe, aquí Tango Uno, problema grave, se solicita su presencia, cambio.*

— *Entendido. Cambio y fuera.*

Sin preguntar, habituada a los imprevistos, su mujer lo despidió con un beso. Abríguese, le dijo con cariño, mire que está lloviendo fuerte. El reloj a cuarzo reflejaba la madrugada.

Disimulando con dignidad el rengueo de su pierna derecha, observó la imponente escultura —recién inaugurada esa mañana—, dispuesta en el hall del vetusto edificio: 10 barras del cobre más antiguo

del mundo. Le asemejó un árbol, le recordó un libro. Le llevó al fondo del mar, a imaginar la desesperada voz de los que naufragaban en la costa de Chiloé, las burbujas de aire fluyendo a la superficie en trueque de barras de cobre, las plegarias inútiles, desesperadas, de corta vida. Se sintió el escultor, mentalmente construyó bases de fierro, recolocó los bloques en forma armónica, de gran realce. Se imaginó limpiando los lingotes con ácido, rescatando las tonalidades verdes y amarillas, los matices típicos del cobre. Se solazó. Como Tesorero Nacional era depositario de millones de monedas, metálicas, bimetálicas, electromagnéticas, no solo las dos del ciriaco. Ha sido parte de la historia numismática, proponiendo anversos y reversos de toda índole, y un sinnúmero de diámetros, pesos, espesores y aleaciones, cuidando que no existan calces ni choques. Sin duda el cobre es parte de la historia de Chile —reflexionó—. Ahí estaban los lingotes más antiguos del mundo, y el espacio vacío del único que alcanzó a ser sustraído.

Pasó el tiempo. El sumario se cerró sin resultados positivos. Hasta que un día, encontró en el celular un mensaje de su secretaria: “Llamó un señor que no quiso identificarse. Dijo que era algo urgente”. Esa noche el teléfono lo remeció en su agitado sueño.

— *Tengo la clave.*

— *¿De qué habla?*

— *Ayúdeme a recuperar los 50 lingotes que me faltan.*

— *¿Qué?*

— *Dígame dónde irá la ceca en la nueva moneda de cinco mil pesos.*

—*No se de qué me habla.*

—*La ceca indicará el lugar del naufragio.*

—*¿Quién habla?*

—*Lambert.*

—*¿Cómo dice?*

—*Capitán Lambert John Lynn.*

Con inusitado alivio escuchó a su mujer que le decía: ¡Gordo, dese vuelta que está roncando mucho! Sin saber cómo, simultáneamente, en una misma elipse nebulosa, escuchó la voz inconfundible de su madre: Hijo, te quedaste con la radio prendida y se agotó la batería. (*¡Qué bella forma de ser reprendido!*)

—Ya pues, despierta, mira que hoy te llevan a Santiago para que te vea un médico. (*Allá lo esperaba la que sería la mujer de su vida*) Dormiste como las carabinas. Jante que llovía a chuzo, como a las tres de la mañana empezaste a difariar. Transmitiste toda la noche con lingotes de cobre, tango uno, moneda de cinco mil y un tal capitán Lambert. (*¡Cuán dulces esos últimos segundos pegado al calor de las sábanas de bolsa harinera!*)

—¡Ya, despierta!